



PLANETA

JUVENIL

DIARIO DE LA GUERRA DEL CERDO

ADOLFO BIOY CASARES



Planetalector

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Diseño de cubierta: Peter Tjebbes

© Adolfo Bioy Casares, 2017

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2017

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-6179-3

ISBN 10: 958-42-6179-7

Primera impresión: agosto de 2017

Impreso por: Editorial Bolívar Impresores S.A.S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

ADOLFO BIOY CASARES (biografía)

Nació en Buenos Aires el 15 de septiembre de 1914. La publicación de *La invención de Morel*, en 1940, fue el verdadero inicio de una brillante carrera literaria que alcanzaría la excelencia en el cuento y en la novela. Le siguieron, entre otras obras, *Plan de evasión* (novela, 1945), *El sueño de los héroes* (novela, 1954), *El lado de la sombra* (cuentos, 1962), *La otra aventura* (ensayos, 1968), *Diario de la guerra del cerdo* (novela, 1969), *Dormir al sol* (novela, 1973) y *La aventura de un fotógrafo en La Plata* (novela, 1985). Con Silvina Ocampo, su esposa, escribió la novela *Los que aman, odian* (1946). Amigo entrañable de Jorge Luis Borges, formó con él una sociedad que cambiaría el rumbo de la literatura en castellano: juntos escribieron durante casi cuatro décadas bajo el seudónimo común de H. Bustos Domecq y dirigieron para Emecé la célebre colección de novelas policiales El Séptimo Círculo, entre muchas otras colaboraciones. En 1990 fue distinguido con el Premio Cervantes de literatura. Murió en Buenos Aires el 8 de marzo de 1999.

ÍNDICE

I.....	13
II.....	28
III.....	36
IV.....	46
V.....	49
VI.....	59
VII.....	66
VIII.....	69
IX.....	77
X.....	84
XI.....	93
XII.....	97
XIII.....	102
XIV.....	107

XV.....	110
XVI	115
XVII	122
XVIII.....	126
XIX.....	132
XX	141
XXI.....	145
XXII	151
XXIII.....	159
XXIV	164
XXV.....	170
XXVI	174
XXVII	182
XXVIII.....	186
XXIX.....	190
XXX	195
XXXI.....	198
XXXII	203
XXXIII	206
XXXIV.....	209

XXXV.....	214
XXXVI.....	221
XXXVII.....	225
XXXVIII.....	228
XXXIX.....	233
XL.....	242
XLI.....	245
XLII.....	247
XLIII.....	250
XLIV.....	253
XLV.....	256
XLVI.....	260
XLVII.....	263
XLVIII.....	267
XLIX.....	269

La idea de Diario de la guerra del cerdo se me ocurrió una tarde de 1966, en la confitería de El Molino, mientras veía a una persona con el pelo teñido para disimular las canas. Primero pensé en escribir un ensayo sobre las armas de que dispone el hombre contra la vejez. Empezaría enumerando algunos recursos —pelucas, tinturas, dentaduras postizas— para concluir que el paso del tiempo es inevitable y que nada puede hacerse. Después pensé en escribir un relato cómico en el que jóvenes atléticos persiguieran a viejos gordos y lentos, un poco como esas películas mudas que daban hace años antes de la principal. Finalmente comprendí que la vejez es un problema sentido por todo el mundo como algo trágico y me senté a escribir la novela.

Por un golpe de suerte, desde el principio Diario de la guerra del cerdo alcanzó buenas ventas. En la Argentina aparecía en la lista de best sellers; del extranjero llegaban propuestas de publicación. Ginevra Bompiani, la hija de mi editor en Italia, poco después de mayo del 68 me mandó un telegrama que decía: “Mándenos su libro. La novela está ocurriendo”. Sin embargo, no tuvo mucho éxito en Europa. Mi editor alemán me dijo que los lectores

Europeos estaban llegando a la edad de los viejos de mi libro y sentían desagrado al leerlo.

Desde luego, no creo que haya ninguna ventaja en ser viejo. Uno nota que sus facultades declinan, la memoria cercana se pierde, las mujeres se alejan, en fin, no es algo demasiado agradable. Quizá no sea casual que yo haya escrito la novela en un momento en que me sentí envejecer. Algunas amigas muy queridas, que me vieron de cerca durante esos años, dijeron que su escritura obró en mí como una suerte de psicoanálisis herético, y aun, Dios me perdone, de catarsis.

A.B. C.

I

Lunes, 23 miércoles, 25 de junio

Isidoro Vidal, conocido en el barrio como don Isidro, desde el último lunes prácticamente no salía de la pieza ni se dejaba ver. Sin duda más de un inquilino y sobre todo las chicas del taller de costura de la sala del frente, de vez en cuando lo sorprendían fuera de su refugio. Las distancias, dentro del populoso caserón, eran considerables y, para llegar al baño, había que atravesar dos patios. Confinado a su cuarto, y al contiguo de su hijo Isidorito, quedó por entonces desvinculado del mundo. El muchacho, alegando sueño atrasado porque trabajaba de celador en la escuela nocturna de la calle Las Heras, solía extraviar el diario que su padre esperaba con ansiedad y persistentemente olvidaba la promesa de llevar el aparato de radio a casa del electricista. Privado de ese vetusto artefacto, Vidal echaba de menos las cotidianas «charlas de fogón» de un tal Farrell, a quien la opinión señalaba como secreto jefe de los Jóvenes Turcos, movimiento que brilló como una estrella fugaz en

nuestra larga noche política. Ante los amigos, que abominaban de Farrell, lo defendía, siquiera con tibieza; deploraba, es verdad, los argumentos del caudillo, más enconados que razonables; condenaba sus calumnias y sus embustes, pero no ocultaba la admiración por sus dotes de orador, por la cálida tonalidad de esa voz tan nuestra y, declarándose objetivo, reconocía en él y en todos los demagogos el mérito de conferir conciencia de la propia dignidad a millones de parias.

Responsables de aquel retiro —demasiado prolongado para no ser peligroso— fueron un vago dolor de muelas y la costumbre de llevarse una mano a la boca. Una tarde, cuando volvía del fondo, sorprendentemente oyó la pregunta:

—¿Qué le pasa?

Apartó la mano y miró perplejo a su vecino Bogliolo. En efecto, éste lo había saludado. Vidal contestó solícitamente:

—Nada, señor.

—¿Cómo nada? —protestó Bogliolo que, bien observado, tenía algo extraño en la expresión—. ¿Por qué se lleva la mano a la boca?

—Una muela. Me duele. No es nada —respondió sonriendo. Vidal era más bien pequeño, delgado, con pelo que empezaba a ralearse y una mirada triste, que se volvía dulce cuando sonreía. El matón sacó del bolsillo una

libretita, escribió un nombre y una dirección, arrancó la hoja y se la entregó, mientras comunicaba:

—Un dentista. Vaya hoy mismo. Lo va a dejar como nuevo. Vidal acudió al consultorio esa tarde. Restregándose las manos, el dentista le explicó que a cierta edad las encías, como si fueran de barro, se ablandan por dentro y que felizmente ahora la ciencia dispone de un remedio práctico: la extirpación de toda la dentadura y su reemplazo por otra más apropiada. Tras mencionar una suma global, procedió el hombre a la paciente carnicería; por fin, sobre carne tumefacta, asentó muelas y dientes y dijo:

—Puede cerrar la boca.

Se oponían a ello el dolor, los cuerpos extraños y aun la desazón moral que le infundía la confrontación con el espejo. Al otro día Vidal despertó con malestar y fiebre. Su hijo le aconsejó que visitara al dentista; pero él ya no quería saber nada con ese individuo. Quedó echado en la cama, enfermo y apesadumbrado, sin atreverse en las primeras veinte horas a tomar un mate. La debilidad ahondó la pesadumbre; la fiebre le daba pretextos para seguir en el cuarto y no dejarse ver.

El miércoles 25 de junio resolvió concluir con tal situación. Iría al café, a jugar el habitual partidito de truco. Se dijo que la noche era el mejor momento para abordar a los amigos.

Cuando entró en el café, Jimi (Jaime Newman, un hijo de irlandeses que no sabía una palabra de inglés; alto, rubio, rosado, de sesenta y tres años) lo saludó con el comentario

—Te envidio el comedor.

Vidal fraternizó un rato con el pobre Néstor Labarthe, que había pasado, según se aclaró entonces, por la misma cruz. Néstor, subiendo y bajando un arco dental apenas grisáceo, articuló estas misteriosas palabras:

—Te prevengo sobre alguna consecuencia que más vale no hablar.

Los *muchachos* armaron, como todas las noches, la mesa de truco, en ese café de Canning, frente a la plaza Las Heras. El término *muchachos*, empleado por ellos, no supone un complicado y subconsciente propósito de pasar por jóvenes, como asegura Isidorito, el hijo de Vidal, sino que obedece a la casualidad de que alguna vez lo fueron y que entonces justificadamente se designaban de ese modo. Isidorito, que no opina sin consultar a una doctora, sacude la cabeza, prefiere no discutir, como si su padre se debatiera en su propia argumentación especiosa. En cuanto a no discutir, Vidal le da la razón. Hablando nadie se entiende. Nos entendemos a favor o en contra, como manadas de perros que atacan o repeleen un circunstancial enemigo. Por ejemplo, todos ellos —Vidal se cuidaba de decir los *muchachos*, cuando se acordaba— en la mesa de truco mataban el tiempo, lo

pasaban bien, no porque se entendieran o congeniaran particularmente, sino por obra y gracia de la costumbre. Estaban acostumbrados a la hora, al lugar, al fernet, a los naipes, a las caras, al paño y al color de la ropa, de manera que todo sobresalto quedaba eliminado para el grupo. ¿Una prueba? Si Néstor —en chanza los amigos pronunciaban *Nestór*, con erre a la francesa— empezaba a decir que había olvidado algo, Jimi, a quien por lo animado y ocurrente llamaban *el Bastonero*, concluía la frase con las palabras:

—Por un completo.

Y Dante Révora machacaba:

—¿Así que te olvidaste por un completo?

Era inútil que Néstor, con esa cara que mantenía la rubicundez de la juventud, con los ojitos redondos de pollo y con la permanente expresión de hablar en serio, asegurara que se trataba de un error cometido en su increíble infancia, que se le quedó, ¿cómo decir?, fijado... No lo escuchaban. Menos lo escuchaban cuando sacaba el ejemplo de Dante, que insistía en pronunciar *ermelado* por *enmelado*, sin que nadie le negara el respeto que merece una persona culta.

Como la noche del 25 asumiré en el recuerdo aspectos de sueño y aun de pesadilla, conviene señalar por menores concretos. El primero que me viene a la mente es que Vidal perdió todos los partidos. La circunstancia no debe asombrar, ya que en el bando contrario jugaban

Jimi, que ignoraba el escrúpulo y era la astucia personificada (a veces Vidal le preguntaba, en broma, si no había vendido el alma, como Fausto) y Lucio Arévalo, que había ganado más de un campeonato de truco en La Paloma de la calle Santa Fe, y Leandro Rey, apodado el Ponderoso. A este último, un panadero, hay que distinguirlo entre los muchachos por no ser jubilado y por ser español. Aunque sus tres hijas —la ambición las perdía— lo mortificaban para que se retirara y fuera por las tardes a tomar sol con los amigos a la plaza Las Heras, el viejo se mantenía al pie de la caja registradora. Hombre frío, egoísta, apegado a su dinero, peligroso en los negocios y en la mesa de truco, Rey irritaba a los otros por un defecto venial: en trance de comer, aunque fuera el queso y el maní traídos con el fernet, sin disimulo se entregaba a la impaciencia de la gula. Vidal decía: «Entonces la aversión me ofusca y le deseo la muerte». Arévalo, un ex periodista que durante algún tiempo redactó crónicas de teatro para una agencia que trabajaba con diarios del interior, era el más leído. Si no descollaba por hablador ni por brillante, manejaba ocasionalmente un tipo de ironía criolla, modesta y oportuna, que hacía olvidar su fealdad. Empeoraba esta fealdad una desidia en auge con los años. Barba mal rasurada, anteojos empañados, pucho adherido al labio inferior, saliva nicotínica en las comisuras, caspa en el poncho, completaban la catadura de este sujeto asmático y sufrido. Compañeros de Vidal en aquel partido fueron Néstor, cuyas travesuras

propendían a la inocencia, y Dante, un anciano que nunca se distinguió por la rapidez y que ahora, con la sordera y la miopía, vivía retirado en su caparazón de carne y hueso.

Para que su imagen reviva en la memoria, señalo otro aspecto de esa noche: el frío. Hacía tanto frío que a toda la concurrencia del café se le ocurría la misma idea de soplarse las palmas de las manos. Como Vidal no se convencía de que no hubiera allí algo abierto, de vez en cuando miraba en derredor. Dante, que si perdía se enojaba (su devoción por el equipo de fútbol de Excursionistas, inexplicablemente no le había servido para encarar con filosofía las derrotas), lo reprendió por desatender el juego. Apuntando a Vidal con el índice, Jimi exclamó:

—El viejito trabaja para nosotros.

Vidal consideraba el húmedo hocico en punta, el bigote que tal vez en razón de la temperatura invernal se le antojaba nevado, y no podía menos que admirar el desparpajo de su amigo.

—A mí el frío me asienta —declaró Néstor—. De modo, señores, que prepárense para el chubasco.

Triunfalmente puso una carta sobre la mesa. Arévalo recitó:

*Y si la plata se acaba
Por eso no me caduco*

*Si esta noche pierdo al truco
Mañana gano a la taba.*

—Quiero —respondió Néstor.

—Al que quiere se le da —dijo Arévalo y dejó caer una carta superior.

Entró el diarero don Manuel, bebió en el mostrador su vaso de vino tinto, se fue y, como siempre, dejó la puerta entreabierta. Ágil para evitar corrientes de aire, Vidal se levantó, la cerró. De regreso, al promediar el salón, por poco tropezó con una mujer vieja, flaca, estrafalaria, una viviente prueba de lo que dice Jimi: «¡La imaginación de la vejez para inventar fealdades!». Vidal dio vuelta la cara y murmuró:

—Vieja maldita.

En una primera consideración de los hechos, para justificar el exabrupto, Vidal atribuyó a la señora el chiflón que por poco le afecta los bronquios y entre sí comentó que las mujeres no se comiden a cerrar las puertas porque se creen, todas ellas, reinas. Luego recapacitó que en esa imputación era injusto, porque la responsabilidad de la abertura recaía sobre el pobre diarero. A la vieja sólo podía enrostrarle su vejez. Quedaba, sin embargo, otra alternativa: soltarle, con apenas disimulado furor, la pregunta de ¿qué buscaba, a esa hora, en el café? Demasiado pronto hubiera obtenido respuesta, porque la mujer se metió por la puerta rotulada *Señoras*, de donde nadie la vio salir.

Permanecieron todavía otros veinte minutos. Para congraciar la suerte, Vidal agotó los recursos más acreditados: esperó con fidelidad, aguantó con resignación. Tampoco era cosa de mostrarse terco. El jugador inteligente asegura que la suerte prefiere que la sigan, no apoya a quien se le opone. Si no había cartas, con semejantes compañeros, ¿cómo ganar? Tras la quinta derrota, Vidal anunció:

—Señores, ha sonado la hora de levantar campamento.

Sumaron y dividieron, pagó Dante deudas y adición, los compañeros le reembolsaron su parte, bajo protesta. Ni bien Dante deslizó la propina, todos los otros alzaron la algarabía de siempre.

—Yo voy a decir que a éste no lo conozco —informó Arévalo.

—No podés dejar eso —protestó Jimi.

Le reprochaban, en tono de broma, la avaricia.

Departiendo animadamente pasaron a la intemperie. El frío por un instante los enmudeció. Una vaporosa niebla se difundía en llovizna y envolvía en un halo blanco los faroles. Alguien aventuró:

—Esta humedad va a podrir los huesos.

Rey, con empaque, observó:

—Desde ya promueve carrasperas.

En efecto, varios habían tosido. Se encaminaron por Cabello, rumbo a Paunero y Bulnes. Néstor comentó:

—¡Qué noche!

En su apagado tono irónico apuntó Arévalo:

—A lo mejor llueve. Dante los hizo reír:

—¿Qué me cuentan si después refresca?

Jimi, el Bastonero, resumió:

—Brrr.

La vida social es el mejor báculo para avanzar por la edad y los achaques. Lo diré con una frase que ellos mismos emplearon: a pesar de las rigurosas condiciones atmosféricas, el grupo se manifestaba entonado. Entre burlas y veras, mantenían un festivo diálogo de sordos. Los ganadores hablaban del truco y los otros rápidamente respondían con observaciones relativas al tiempo. Arévalo, que tenía el don de ver de afuera cualquier situación, incluso aquellas en que él participaba, acotó como si hablara solo:

—Un entretenimiento de muchachos. Nunca dejamos de serlo. ¿Por qué los jóvenes de ahora no lo entienden?

Iban tan absortos en ese entretenimiento, que al principio no advirtieron el clamor que venía del pasaje El Lazo. La gritería de pronto los alarmó y entonces notaron que un grupo de gente miraba, expectante, hacia el pasaje.

—Están matando un perro —sostuvo Dante.

—Cuidado —previno Vidal—. ¿No estará rabioso?

—Han de ser ratas —opinó Rey.